

PAULA FREDRIKSEN

PABLO EL JUDÍO
APÓSTOL DE LOS PAGANOS

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2019

Dedicado a Krister

El pasado ya no está;
y la verdad de lo que pasó
se halla en nuestro propio juicio,
no en el pasado en sí
(Agustín, *Faust*. 26, 5).

Tradujo Francisco Javier Molina de la Torre
sobre el original inglés *Paul. The Pagans' Apostle*

© 2017 by Paula Fredriksen
Published by Yale University Press
© Ediciones Sígueme S.A.U., 2019
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2037-6
Depósito legal: S. 245-2019
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Prefacio</i>	9
INTRODUCCIÓN: El mensaje y el mensajero	11
1. ISRAEL Y LAS NACIONES	21
1. Los orígenes	24
2. El reino y el exilio	33
3. Las expectativas de la redención	42
2. LA PATRIA Y LA METRÓPOLIS	51
1. Los judíos en espacios paganos	59
2. Los paganos en espacios judíos	78
3. PABLO: MISIÓN Y PERSECUCIÓN	95
1. ¿Quién fue Pablo y cómo lo sabemos?	95
2. Judíos: nacidos y hechos	99
3. ¿Misiones de la circuncisión?	108
4. Los gentiles escatológicos	114
5. Testimonio, resistencia y «persecución»	120
4. PABLO Y LA LEY	145
1. El evangelio y la circuncisión de los gentiles	145
2. ¿La misión «libre de la ley» y el apóstol «libre de la ley»?	162
3. La maldición de la ley	182
5. CRISTO Y EL REINO	195
1. Cristo, el hijo de David, parte I: el <i>eschaton</i>	197
2. Cristo, el hijo de David, parte II: Romanos	208
3. Intermedio: el retorno de las naciones	215
4. La sinfonía coral: la Carta de Pablo a los romanos	229
EPÍLOGO	247
<i>Bibliografía</i>	263
<i>Índices</i>	289

PREFACIO

El reino de Dios va a llegar muy pronto, proclamaba Pablo. Su firme convicción de que él estaba viviendo y obrando en los momentos finales de la historia es absolutamente fundamental y configura todo lo que Pablo dice y hace. Tal convicción resulta aún más notable si consideramos que, para cuando tenemos noticias suyas, a mediados del siglo I, el Reino ya se estaba retrasando.

Fácilmente perdemos de vista este hecho, porque nuestra perspectiva histórica lo oscurece. Miramos en retrospectiva y, con razón, consideramos que las cartas de Pablo son «tempranas», escritas tan solo dos décadas después de la ejecución de Jesús. Sin embargo, mientras que la historia siempre se escribe hacia atrás, la vida solo se vive hacia delante, día a día. Esto implica que nuestra concepción de las circunstancias y de la experiencia de Pablo nunca puede ser la misma que la suya. Cuando el Dios de Israel reveló su hijo a Pablo (¿34 d.C.?), este captó lo que eso significaba: que no podía faltar mucho para el establecimiento del reino de Dios. Sin embargo, Pablo ofrece esta interpretación en cartas dirigidas a su comunidad gentil de Corinto unos veinte años después del acontecimiento (1 Cor 15, 12-52). ¿Por qué —cómo— puede estar todavía tan seguro? Y en otra carta escrita aún más tarde vemos que afirma de nuevo la proximidad del fin: «Conociendo el tiempo que nos ha tocado vivir, ya es hora de que despertéis del sueño, pues nuestra salvación está *ahora* más cerca de nosotros que cuando empezamos a creer. La noche está muy avanzada y el día se acerca» (Rom 13, 11-12). ¿Cuántos años habían transcurrido entre ese momento y su llamada a proclamar esta buena nueva? ¿Por qué —cómo—, pasado tanto tiempo, estaba Pablo tan seguro de que conocía la hora que marcaba el reloj de Dios?

Esta es la pregunta que guía el presente estudio. Nos conducirá a un mundo judío bullendo de esperanzas apocalípticas: que Dios estaba a punto de cumplir las antiguas promesas a Israel, que el mesías

ya había venido y que regresaría pronto, que dentro de muy poco los muertos iban a resucitar y a ser transformados junto con los vivos, que las naciones e incluso los dioses de las naciones en breve se volverían hacia el Dios de Israel. Y nos introducirá en un mundo mediterráneo plagado de los protagonistas de la antigüedad: paganos y judíos, curanderos y profetas, ángeles y demonios, griegos y romanos, y también fuerzas sobrehumanas airadas, poderes divinos y dioses cósmicos hostiles. Ambos mundos, el judío y el mediterráneo, son propios de Pablo, y sus convicciones acerca del primero moldearon sus acciones en el segundo.

Pablo sostenía estas convicciones como un judío comprometido y así las *ponía en práctica*. En resumen, nuestro estudio planteará que Pablo pasó toda su vida en el seno del judaísmo en el que nació. Tradiciones posteriores, basándose en sus cartas, lo desplazarán de ese contexto. En virtud de la retrospectiva propia de la historia, Pablo se transformará en un «converso», en un exjudío o incluso en un antijudío; de hecho, en el fundador del cristianismo gentil. Sin embargo, Pablo no sabía ni podía saber lo que para las generaciones posteriores, en retrospectiva, resultaba obvio: que su misión concluiría sin que el mesías hubiera regresado; que al poco de su muerte Roma arrasaría el templo de su Dios y su ciudad, Jerusalén; y que nuevos movimientos gentiles independientes del judaísmo y hostiles a él cristalizarían en torno a sus cartas, adoptando su teología.

En cualquier caso, Pablo —como todo ser humano— vivió ignorando el futuro. En cuanto historiadores, conjuramos esa ignorancia usando la imaginación con método y rigor, recurriendo a testimonios de la antigüedad. Esta es la única forma de poder ver a Pablo como él se veía mismo, como el mensajero profético de Dios, llamado desde el vientre de su madre para llevar la buena nueva de la inminente salvación a las naciones en el tiempo final de la historia.

INTRODUCCIÓN

EL MENSAJE Y EL MENSAJERO

Pablo, siervo de Cristo Jesús, elegido mensajero, destinado a proclamar el evangelio que Dios había prometido por medio de sus profetas en las Escrituras santas. Este evangelio se refiere a su Hijo, nacido en cuanto hombre de la descendencia de David y constituido por su resurrección de entre los muertos Hijo poderoso de Dios según el Espíritu santificador: Jesucristo, Señor nuestro, por quien hemos recibido la gracia de ser apóstoles, a fin de que, para gloria de su nombre, respondan a la fe todas las naciones, incluidos vosotros (Rom 1, 1-6).

Esta es la presentación que, a mediados del primer siglo de nuestra era, Pablo hace de sí a una comunidad a la que aún no conocía, integrada por antiguos paganos que se habían convertido en seguidores de Cristo y que se congregaban en Roma, la capital del imperio. Sus líneas iniciales son muy reveladoras de las drásticas transformaciones de este movimiento judío advenedizo en las décadas que siguieron a la muerte de Jesús. Este, enseñando en arameo, se había dirigido a sus correligionarios judíos en Galilea y en Judea. Movién-dose por las aldeas y la ciudadela sagrada de su pueblo, el templo de Jerusalén¹, Jesús había divulgado el mismo mensaje que su mentor asesinado, Juan Bautista: que el reino de Dios estaba cerca².

Pablo, «siervo» (*doulos*) y «mensajero» (*apostolos*) de Jesús, siguió proclamando este mensaje, pero vivió y actuó en un mundo mucho más grande. Pablo enseñó, pensó y escuchó la Escritura en

1. Ese es el itinerario de Jesús según el evangelio de Juan. Los tres evangelios sinópticos presentan, en cambio, una trayectoria unidireccional y continua desde la misión de Jesús en Galilea hasta su predicación (y muerte) en Jerusalén. Sobre la mayor probabilidad del itinerario joánico frente al de los sinópticos, cf. P. Fredriksen, *Jesus of Nazareth, King of the Jews*, 220-259; *Gospel Chronologies*.

2. Respecto a la función de Juan como mentor de Jesús y el tenor apocalíptico de su propia misión, cf. sobre todo J. P. Meier, *A Marginal Jew: Rethinking the Historical Jesus II. Mentor, Message and Miracles*, New York 1994, 19-233 (versión cast.: *Un judío marginal II/1*, 47-290); también J. E. Taylor, *The Immerser*.

griego, lengua que, en el Mediterráneo antiguo, era como el inglés en nuestros días. Viajó con frecuencia, recorriendo la *via Egnatia*, la gran calzada que de este a oeste conectaba las ciudades de Asia Menor y Grecia con Roma. Y llevó el «evangelio» del reino que se acercaba, no a sus correligionarios judíos, sino a una población mucho más amplia: Pablo predicó a los paganos³.

En el tiempo transcurrido entre Jesús y Pablo, había cambiado algo más que la etnia de sus respectivas audiencias. El contenido del mensaje proclamado por ambos, su «evangelio», también se había alterado. Jesús, si podemos fiarnos de la imagen que nos ofrecen los evangelios posteriores, había llamado a sus oyentes judíos a arrepentirse de sus pecados para preparar la llegada del reino. «El reino de Dios está cerca: convertíos y creed en el evangelio» (Mc 1, 15). Dentro de su contexto original en el ámbito judío, esta llamada al arrepentimiento tenía un contenido concreto. *Metanoieite*, el término griego que los evangelios ponen en boca de Jesús, conlleva un cambio de mente (*nous* significa «mente» en griego). No obstante, esta idea se basa en la palabra hebrea *tshuv*, «vuelta», de donde procede el posterior término rabínico para hablar del arrepentimiento, *tshuvah*. Así, dentro de un contexto judío, «volverse» del pecado significaba específicamente volver a la alianza entre Dios e Israel, es decir, a las enseñanzas de la Torá⁴.

3. ¿Llevó Pablo este mensaje de Cristo resucitado a los judíos de la misma manera que a los gentiles? Sus epístolas pueden interpretarse en este sentido, dado que se refiere a los miembros circuncidados de su *ekklēsia* (por ejemplo, 1 Cor 7, 18: «¿Ha sido llamado uno siendo circunciso?»), si bien estas frases podrían igualmente remitir a quienes eran prosélitos del judaísmo, o sea, a quienes eran de alguna forma «judíos» sin haber nacido tales (cf. *infra*, 161s). Asimismo, tampoco queda claro si antes de unirse al movimiento de Jesús, Pablo era un misionero judío enviado a los paganos para convertirlos a algún tipo de judaísmo (¿el fariseísmo?). En gran medida ello depende de cómo se interprete *Ioudaïsmos* en Gal 1, 13-14 y cómo se lea Gal 5, 11 («Si aún recomiendo la circuncisión, ¿por qué soy todavía perseguido?»). Sobre la idea de que Pablo era también misionero antes de su conversión al cristianismo y de que *Ioudaïsmos* debería entenderse como un intento de que los paganos «judaicen», cf. M. Thiessen, *Paul and the Gentile Problem*, 37-41; frente a esta postura, sosteniendo que el *Ioudaïsmos* suponía la radicalización en el interior del judaísmo de un tipo de programa político, cf. M. Novenson, *Paul's Former Occupation in «Ioudaïsmos»*. Ambos autores se inspiran en dos estudios previos de enorme importancia: S. Mason, *Jews, Judaeans, Judaizing, Judaism*, y, antes de él, S. J. D. Cohen, *The Beginnings of Jewishness*, 175-197. Abordaremos estas cuestiones más detenidamente en los capítulos 3 y 5.

4. Respecto a cómo el mensaje de arrepentimiento dentro del judaísmo orientaba a la nueva dedicación a la Torá, cf. P. Fredriksen, *Sin*, 6-22.

Otras tradiciones en torno a Juan Bautista y Jesús también apuntan en esta dirección, que supone conectar el cumplimiento de la Torá y la *tshuvah* con la preparación para el reino. Josefo, contemporáneo de los evangelistas, narra que el Bautista instaba a sus oyentes a «purificarse mediante una conducta recta», en particular practicando la justicia (en griego, *dikaiosynē*) los unos para con los otros y la piedad (*eusebeia*) para con Dios (*Ant.* 18, 116-119). En este contexto, «justicia» y «piedad» no son piadosas nociones abstractas: estas dos palabras sintetizan una tradición fundamental de la alianza del Sinaí, los diez mandamientos. Los cinco primeros mandamientos comprenden la primera tabla de la ley, la *eusebeia*, que regula las relaciones con Dios (el culto exclusivo, la ausencia de imágenes, el respeto al nombre de Dios, la observancia del sábado y la honra a los padres). Los otros cinco —o la segunda tabla de la ley (*dikaiosynē*)— regula las relaciones entre la gente (prohibiendo el asesinato, el adulterio, el robo, la mentira y la codicia).

Este mismo tema acerca del cumplimiento (sobre todo) de los diez mandamientos encuentra un eco en las tradiciones evangélicas en torno a Jesús. Cuando le preguntan cuál es el más importante de los mandamientos (Mc 12, 29-31 par), el Jesús de la tradición sinóptica responde citando Dt 6, 4 (el amor a Dios, es decir, la *eusebeia*) y Lv 19, 18 (el amor al prójimo, es decir, la *dikaiosynē*).

En otras partes, los cita directamente: «Ya conoces los mandamientos: ‘No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre’» (Mc 10, 19). Y, de nuevo al igual que Juan Bautista, Jesús conecta el mensaje de la llegada del reino y su llamada al arrepentimiento con las amenazas del castigo eterno, las amargas consecuencias del juicio apocalíptico. De esta manera, ambos centraron la atención de sus oyentes en la ira ardiente de Dios contra los pecadores, instándolos al arrepentimiento⁵.

5. La Biblia dispone estos mandamientos de distintos modos: cf. Ex 20, 1-17 y Dt 5, 6-21. E. P. Sanders, *The Historical Figure of Jesus*, 92, señala que «los judíos grecoparlantes utilizaron con frecuencia esos dos términos [*eusebeia* y *dikaiosynē*] para sintetizar su religión». Ἐυσεβεία y δικαιοσύνη también aparecen en el resumen que hace Filón de los dos principios fundamentales o κεφαλαία: *Spec.* 2, 63; cf. *Decal.* 19, respecto a «honrar a los padres» en la primera tabla de la ley. D. Flusser, *The Ten Commandments and the New Testament*, 219-246, repasa los distintos resúmenes duales de la Torá (amor a Dios y al prójimo, piedad y justicia) desde *Jubileo* hasta Lactancio. De forma parecida, *b.Mak.* 24a reduce la cifra de 613 mandamien-

El *evangelion* de Pablo continuó en esta línea y, al mismo tiempo, no lo hizo. También él habló de la pronta llegada del reino y advirtió a sus oyentes de la cólera divina para con los pecadores. Y de vez en cuando los instaba a comportarse conforme a lo prescrito por los mandamientos, y específicamente por la mayor parte del decálogo (por ejemplo, 1 Cor 7, 19; Rom 13, 8-10). Pero en sus cartas también abunda lo que parece ser el mensaje contrario: advertencias contra la ley, ruegos a sus asambleas para que *no* la cumplieran, afirmaciones de que la ley languidecía bajo el poder del pecado y de la muerte (por ejemplo, Rom 7, 7-25).

Sin embargo, en el periodo que pasó entre Jesús y Pablo, lo que más drásticamente había cambiado era la figura del primero. En el *evangelion* paulino, Jesús se ha convertido en un elemento fundamental de su mensaje. Es el *Christos*, el «hijo» de Dios y su mesías⁶. En 1 Tes, 1 Cor y Rom, Pablo vinculó íntimamente a Jesús con un acontecimiento drástico y definitivo del fin de los tiempos: la resurrección de los muertos (1 Tes 4, 13-18; 1 Cor 15; Rom 1, 4; 11, 15). Finalmente, en lo que tiene una enorme trascendencia y resulta más sorprendente –otro cambio significativo en el mensaje y la misión de Jesús de Nazaret–, Pablo afirmó que el evangelio sobre el establecimiento del mesías de Israel y del reino del Dios de Israel

tos a dos (Is 56, 1) y a uno (Hab 2, 4: «el justo vivirá por su *emunah* [‘fortaleza’ o ‘perseverancia’]»; cf. la expresión paulina ἐκ πίστεως ζήσεται [Gal 3, 11]). Respecto a *emunah* no como «fe», sino como «firmeza, perseverancia, fidelidad», cf. F. Brown - S. R. Driver - C. A. Briggs (eds.), *A Hebrew-English Lexicon of the Old Testament*, Oxford 1939, 53. Esa misma tendencia a simplificar las enseñanzas morales aparece en los epítomes filosóficos de la cultura grecorromana contemporánea (Epicuro, *Kyriai Doxai*, y Epicteto, *Encheiridion*); cf. H. D. Betz, *The Sermon on the Mount*, 76-79, con notas sobre la bibliografía básica. Cf. E. P. Sanders, *Historical Figure*, 210-212, sobre este pasaje mateano, las llamadas antítesis mateanas (Mt 5, 21-48); también D. Flusser, *Ten Commandments*, 234. Cf. Lc 11, 42, otra referencia cifrada, donde descuidar el «juicio» (τὴν κρίσιν) suponía hacer lo mismo con la justicia. El énfasis en los diez mandamientos en el judaísmo palestinese de mediados del siglo I tal vez encuentra también reflejo en algunos *tefillin* de Qumrán. El tratado tardío *y.Ber.* 9b comenta que, mientras que antes se recitaban los diez mandamientos cada día en el templo, ya dejó de hacerse «a causa de los *minim* (‘sectarios’), que sostienen que no se dieron otros mandamientos en el Sinaí: E. Urbach, *The Sages, Their Concepts and Beliefs*, 844, n. 75.

6. Una larga tradición académica ha sostenido que en las cartas de Pablo «Cristo» estaba tan desprovisto del contenido mesiánico tradicional que la palabra era, fundamentalmente, nada más que otro nombre de Jesús. Esta postura ha quedado refutada de forma definitiva y convincente por M. Novenson, *Christ among the Messiahs*, quien plantea que, en Pablo, Cristo sirve como un término «honorario».

tal como lo habían anunciado los profetas en las Escrituras hebreas estaba también destinado a llegar a los *ethnē*, a las «naciones», es decir, a los oyentes paganos.

Por consiguiente, para comprender esas pocas líneas de la breve presentación que Pablo hace de sí mismo en Romanos, es preciso remontarse casi tres décadas, a un momento «prehistórico» de este movimiento, es decir, anterior a los testimonios escritos de sus miembros que nos han llegado. Los orígenes del evangelio de Pablo se remontan no solo a la misión y el mensaje de Jesús de Nazaret (¿27-30 d.C.?), sino también, de una manera más concreta y drástica, a las tradiciones sobre su resurrección.

Ahora es imposible decir qué ocurrió entonces. Las distintas fuentes que tenemos narran historias diferentes, quedando claros tan solo los contornos generales. Absolutamente seguros de que Jesús de Nazaret había muerto, algunos de sus seguidores comenzaron a percibir y luego a proclamar que Jesús vivía de nuevo. Dios —decían— lo había resucitado de entre los muertos.

Pablo, a mediados del siglo I, es nuestra primera fuente de esta tradición, y él da a entender que esas experiencias tenían un carácter visible: Cristo «fue visto» (*ōphthē*) —afirma— primero por Pedro («Cefas»), después por «los doce» (el grupo más íntimo de discípulos de Jesús). Más tarde, «fue visto» (otra vez el verbo *ōphthē*) por casi trescientos discípulos; luego por Santiago (el hermano de Jesús) y finalmente «por todos los apóstoles» (1 Cor 15, 5-7). Y «después de todos» —declara Pablo— Jesús se le apareció a él (de nuevo, *ōphthē* en el v. 8; cf. 9, 1: «¿No he visto yo a Jesús nuestro Señor?»).

¿Dónde tuvieron lugar estas visiones? Pablo no dice nada sobre el escenario de las experiencias de la comunidad original, si bien en su Carta a los gálatas da a entender que él tuvo su visión en Damasco (Gal 1, 15-17). Una generación o dos después de Pablo, los evangelistas situarán las primeras apariciones tras la resurrección diversamente en Galilea (como Marcos y Mateo) o en Jerusalén y sus alrededores (Lucas y Juan), y darán el nombre de distintos testigos iniciales, bien las discípulas, bien Pedro o bien discípulos anónimos⁷.

7. Marcos acaba de forma abrupta con la tumba vacía y el silencio temeroso de María de Magdala, María la madre de Santiago y una tal Salomé (Mc 16, 1-8). Mateo presenta dos testigos de Cristo resucitado, María Magdalena y «la otra María» (Mt 28, 1.9-10) y una cristofanía posterior a los (once) discípulos sobre un monte en

ÍNDICE GENERAL

<i>Prefacio</i>	9
INTRODUCCIÓN: El mensaje y el mensajero	11
1. ISRAEL Y LAS NACIONES	21
1. Los orígenes	24
a) Dios y el cosmos	24
b) Dios y la humanidad	27
c) Dios e Israel	30
2. El reino y el exilio	33
a) La casa de David y de Dios	33
b) Profecía y promesa	37
3. Las expectativas de la redención	42
2. LA PATRIA Y LA METRÓPOLIS	51
1. Los judíos en espacios paganos	59
2. Los paganos en espacios judíos	78
a) El templo	78
b) La sinagoga	85
3. PABLO: MISIÓN Y PERSECUCIÓN	95
1. ¿Quién fue Pablo y cómo lo sabemos?	95
2. Judíos: nacidos y hechos	99
3. ¿Misiones de la circuncisión?	108
4. Los gentiles escatológicos	114
5. Testimonio, resistencia y «persecución»	120
4. PABLO Y LA LEY	145
1. El evangelio y la circuncisión de los gentiles	145
2. ¿La misión «libre de la ley» y el apóstol «libre de la ley»?	162
a) Los dioses y el Dios uno	168

b) Las distinciones étnicas	169
c) La ley, los <i>ethnē</i> y la «justificación por la fe»	177
3. La maldición de la ley	182
5. CRISTO Y EL REINO	195
1. Cristo, el hijo de David, parte I: el <i>eschaton</i>	197
2. Cristo, el hijo de David, parte II: Romanos	208
3. Intermedio: el retorno de las naciones	215
a) Linaje- <i>huiiothesia</i>	219
b) Separación- <i>hagiasmos</i>	223
4. La sinfonía coral: la Carta de Pablo a los romanos	229
a) Rom 2–7: los problemas con la judaización de los gen- tiles	232
b) Rom 9–11: Israel y las naciones	236
 EPILOGO	 247
 <i>Agradecimientos</i>	 257
<i>Abreviaturas</i>	261
<i>Bibliografía</i>	263
<i>Índice de nombres y lugares</i>	289
<i>Índice de textos y autores antiguos</i>	297